

boración a que quiero referirme ahora y que producen nuevas formas de asociación estudiantil. Terminada su carrera, el joven, con el título logrado, sale de la Universidad. ¿Qué ocurre después, ordinariamente? Que el estudiante no vuelve a ella, ni con ella mantiene relaciones, ni se considera ligado a ella más que por el recuerdo, no siempre grato, de los años de estudios, que el tiempo debilita cada vez más. Pero la vida moderna presenta ya rectificaciones a ese rompimiento brusco entre el estudiante y el centro en que se ha formado su espíritu. Esas rectificaciones están representadas por las Asociaciones de antiguos alumnos de la Universidad, formadas, no sólo para continuar las relaciones sociales entre los compañeros de promoción o entre todos los graduados de una misma Universidad, sino para sostener el interés, el amor de todos por aquélla y ayudarla lo posible mediante el trabajo y la iniciativa de todos.

Probablemente, esas asociaciones han nacido, antes que en ninguna otra parte, en Francia, donde los alumnos de algunas Escuelas y Universidades tienen costumbre de reunirse una o dos veces al año, para comer juntos, cambiar impresiones y robustecer los lazos de compañerismo; pero, limitadas a lo dicho, no son estas las asociaciones a que me refiero. Que las gentes que han tenido un período de vida común traten de recordarlo siempre y de perpetuar

el lazo amistoso entonces establecido, es natural, pero no representa beneficio alguno para el centro docente de que provienen. Las asociaciones de que yo quiero hablaros son aquellas que, aparte cultivar el trato entre los compañeros, atienden a las necesidades y al prestigio de la casa en que se educaron sus socios, para aprovechar todas las ocasiones en que puedan serle útiles, contribuir a mantener su prestigio e influencia o a mejorar sus funciones y medios, ya en forma de donativo material, ya de cooperación intelectual, o en la que significa atender a los nuevos graduados que van saliendo de la Universidad, facilitándoles su colocación y progreso en la vida: con lo que juntamente sirven a los compañeros y al centro cuyo sentido ideal y cuyas orientaciones profesionales todos representan.

De estas asociaciones ya se han constituido algunas en España, v., gr., la de Antiguos alumnos de la Institución libre de enseñanza (Madrid). Esos Antiguos alumnos se reúnen todas las semanas en la misma casa de la Institución, para hablar de los fines de ésta así como de los de su corporación, y ayudan a la realización de aquéllos, ya directamente, ya creando instituciones complementarias que vienen a ampliar la esfera de acción de la Institución madre, v. gr., las Colonias escolares, para niños pobres de Madrid. Asociaciones análogas existen en la Universidad

de Granada y en la de Oviedo. Esta última tiene como fin especial el de reunir fondos para instituir premios con destino a estudiantes aprovechados, pensiones de estudios en el extranjero, y cuanto pueda contribuir al engrandecimiento de la obra educativa de la Universidad.

Poco a poco van difundiéndose estas asociaciones por el mundo entero (probablemente, donde son más robustas y ligadas a la Universidad respectiva es en los Estados Unidos), y la utilidad que pueden representar (la comprendéis perfectamente todos vosotros) es, al propio tiempo, social y afectiva, de cooperación honda y eficaz para la obra de educación nacional que las Universidades cumplen, y también para que vaya formándose, donde no existe, aquella solidaridad y compenetración indispensables entre los centros docentes de un país y el país mismo. Cuando la masa social es indiferente a la obra educativa, ésta se aísla en su torre de marfil (más frecuentemente, de barro) y el esfuerzo que se hace dentro de los establecimientos de enseñanza, por muy grande que sea, se pierde en una proporción considerable. Si, por el contrario, la masa social, la opinión pública, atiende a la obra educativa universitaria, se interesa por ella y le presta su concurso, entonces, compenetrados ambos elementos, el profesional y el que representa la sociedad entera, la Univer-

sidad adquiere una vida robusta, se convierte en algo nacional, que todos miran como propio. Uno de los secretos de la gran prosperidad de algunas Universidades norteamericanas, está en esa compenetración, y en el concurso fervoroso y constante de sus antiguos alumnos que, lejos de olvidar la casa de donde proceden, se preocupan de hacerla cada día más rica y más grande, para que cumpla mejor su misión pedagógica y científica.

El segundo punto que deseaba tratar hoy se refiere al estudiante considerado como intelectual, como profesional de una labor que lleva esa característica.

Ordinariamente, el estudiante de hoy, como hombre de su tiempo, aspira a formar su espíritu en un ambiente completo de libertad, o sea, quiere tener personalidad independiente. Representa, con esto, una de las manifestaciones de la reacción moderna contra el dogmatismo, contra la imposición de doctrina hecha, frente a la cual ha nacido en todos nosotros el anhelo, la necesidad de tener opinión propia, de no pensar por cuenta ajena, de no ser meros receptáculos del saber de los demás. Esta aspiración debemos lograrla del modo más radical que nos sea posible; pero conviene, también, que acla-

CAPILLA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

remos su concepto y nos entendamos respecto de su alcance. Libertar el espíritu para que forme "ciencia propia" no es, como muchas veces se pretende, colocarse precisamente en la posición doctrinal contraria a la que tiene el maestro o a la que representa la tradición científica; no es convertirnos en *rojos* por la sola razón de que la mayoría haya sido *blanca* hasta ahora; no es oponer un credo cristalizado a otro credo, descansando en la superficial satisfacción de que el nuestro se llame avanzado o progresivo mientras el ajeno lo calificamos de viejo y retrógrado. La verdadera libertad del espíritu consiste, por el contrario, en cortar toda ligadura que lo ciña perdurablemente a un dogmatismo rígido; en tenerle abierto a todos los vientos del pensar, pronto a todas las rectificaciones, ajeno a todos los prejuicios, incluso el que puede venir de una doctrina científica cuando ésta no es más que una hipótesis, y en colocarnos siempre en aquella posición crítica merced a la cual no hemos de decidirnos sino en virtud de razones, de pruebas, de hechos, ni hemos de inclinarnos a determinada concepción por odio o antipatía a otra cualquiera. Y en este sentido, el que se ha desligado, v., gr., por propio convencimiento, de una doctrina, de una filosofía, de una creencia que le transmitieron en la niñez o en la juventud, no es libre por el mero

hecho de haberlos repudiado en conciencia, ni lo será hasta que adquiera la fuerza espiritual bastante, la personalidad mental suficiente, para no caer en un nuevo dogmatismo, tan ahogador como el primero.

Por eso la tendencia que debe guiar constantemente en la educación de la juventud, y la que debe apetecer el estudiante, el alumno de una Universidad, ha de ser aquella en virtud de la cual la exposición científica, en lo que no es verdad absolutamente averiguada y consentida por todos, se haga siempre con toda sinceridad, con honradez intelectual, dando, al lado de la doctrina propia, la contraria, con todos sus argumentos y pruebas, para que en presencia de estos y de los otros, forme el alumno convicción propia y pueda decidirse mediante una apreciación personal, del pro y contra de las varias opiniones. Cuando no se hace así la enseñanza; cuando en la explicación de una parte cualquiera de la ciencia, o de un problema determinado, cuidamos tan solo de poner en relieve nuestra doctrina y dejamos en sombra la ajena — como tantas veces vemos, por ejemplo, en libros de historia de la filosofía o de polémica filosófica, condensar toda la substancia y toda la significación de un sistema que ha tenido gran influencia en el mundo, en un solo renglón, diciendo de él v., gr., únicamente, que "conduce al panteísmo", — cuando esto se hace,

no se cumple con el deber de conciencia que todo profesor tiene para con el alumno y éste hará bien en protestar de ello y en pedir que se le ponga en presencia de la realidad, de la doctrina ajena que se combate, para que su espíritu, conociendo íntegramente las cosas, pueda juzgar libremente de ellas.

Por último, quería también hablaros del estudiante como «hombre», como factor de la vida social. Y en esto, voy a referirme a lo que se llama actualmente el sentido social de la labor intelectual.

Hay, amigos míos, varias maneras de usar de la inteligencia, varios modos de practicar la profesión. Una de ellas es la común y corriente: se trabaja por necesidad, porque hay que trabajar de algún modo, porque sólo así se pueden satisfacer las necesidades económicas de la vida y, en la mejor hipótesis, se trabaja honradamente, lealmente, cumpliendo el servicio que nos pide la sociedad y recibiendo el pago de él, sin otra preocupación que la de merecer de las gentes el juicio de ser exactos cumplidores del contrato que celebran con nosotros dentro de nuestra profesión. Los que viven así, producen sin duda una utilidad importante, la que se refiere a la realización de eso que se llama la cooperación latente, en virtud de la cual, trabajando cada uno de nosotros honradamente en nuestra esfera, aseguramos la posibilidad de que los demás trabajen también en la suya,

de la cual necesitamos tanto como los demás necesitan de la nuestra.

Otra forma, usual y corriente como la anterior, es aquella en que se hace servir la profesión al enaltecimiento personal y no se la emplea sino en la medida y en la forma que mejor puedan proveer a levantar y poner en relieve el sujeto, para que las gentes se fijan en él y para adquirir fama, nombradía, una personalidad superior a todas las otras: fin único al que aplica el sujeto toda su fuerza intelectual. Cuando se ven así las cosas; cuando así orientamos las manifestaciones de nuestra actividad espiritual; cuando escribimos libros, pronunciamos discursos, damos conferencias, ante todo y sobre todo por lo que puedan traernos de provecho, para enaltecer nuestra personalidad, entonces nos convertimos en ese género de hombres vanidosos que ha habido en todas las épocas, pero que muchos auscultadores de la psicología social estiman ser hoy más numerosos que nunca, esos hombres que, por ejemplo, no hablan en público sino cuando tienen un auditorio muy numeroso, o cuando se reúnen circunstancias especiales que pueden dar particular esplendor a sus palabras; esos hombres que serían incapaces de realizar aquella empresa altruista tan interesante, tan simpática por lo modesta y sincera, de la Universidad de Bellevue en París, aquella Universidad popular creada por estudiantes para la educación de las clases obreras.

Vale la pena que os cuente, por que es oportuna, la historia de su nacimiento. Un grupo reducido de estudiantes, muy escasos de medios económicos, alquiló una planta baja en el centro del barrio obrero de Bellevue; distribuyó en ella algunas sillas, varios quinqués de petróleo, una mesa; anunció por medio de carteles la inauguración de las conferencias, y esperó a que el público llegase. Sonó la hora, pero el público no se presentaba. Al cabo, asomó por la puerta un obrero, entró y se sentó en una de las sillas; minutos después entró otro, con gran satisfacción de los estudiantes que ya podían contar en plural; al fin entró un tercero y fué el último. Los fundadores de la Universidad popular se miraron unos a otros y se dijeron: — «¿Qué hacemos?» Entonces el más entusiasta, el más lleno de ideal, contestó: — «Dar la conferencia». Y la conferencia fué dada ante los tres obreros, con el mismo ardor, con la misma fé que si hubiera estado llena la sala. Al cabo de muy pocos meses, no sólo estaba llena la sala, sino que era preciso alquilar otra mayor; y esto fué por que aquellos hombres no habían sacrificado la obra social a la vanidad personal, si no que habían antepuesto aquella, habían creído en su eficacia, y el éxito premió su abnegación y su fé.

Hay que ser como los de Bellevue; no como aquellos otros que, si se les solicita para hablar, contestan: — «No me gusta prodigar-

me, por que se gasta uno. Me han oído tantas veces que acabarán por no conceder valor a mis palabras". No; cuando cree uno que puede prestar un servicio a los demás con su labor, no debe pensar en agotamientos ni en desgastes de la personalidad. Sólo cuando se lleva por delante la idea de que lo principal o lo único atendible es "hacer buen papel"; que salga todo el mundo, después de oírnos, diciendo: — "¡Qué palabra más vibrante y correcta, qué inteligencia más poderosa, qué brillantez tan extraordinaria!", entonces cabe el pensamiento de que todo eso se use y se amortigüe. Pero cuando lo que importa no es el público que viene por curiosidad y tras el espectáculo, sino el que llega movido por amor al estudio, por impulso hacia el ideal, lo que interesa es decir cosas, seriamente, sencillamente, y no de un modo que halague a los oídos como los gorgoros y fermatas de una tiple en una ópera del viejo repertorio.

Esos hombres a quienes vengo refiriéndome, y que constituyen un peligro en la educación de la juventud, son también los que juegan con las ideas por que creen que las ideas son para jugar, para hacer con ellas cubileteos, para presentarlas y combinarlas de modo que resulten siempre de gran novedad y los oyentes digan que quien las expresa es un sujeto de originalidad inagotable, a quien se le ocurren cosas que hasta entonces

estuvieron ocultas al resto de los mortales. Seguir a esos hombres, es apartarse de la sana educación del espíritu, dentro de la cual lo que importa sobre todo es buscar serenamente la verdad y predicarla, aunque tenga apariencia modesta, aunque no sea "nueva", aunque no resulte del juego, de la paradoja, del choque artificial de ideas que nada importa al propósito científico. Esos hombres, en fin, no pueden dejar jamás una obra sólida, una obra firme de orden intelectual; en primer término, porque la misma esfera científica o artística en que trabajan, peligra en sus manos continuamente, ya que cuando ellos vean que la declaración sencilla y sincera de la verdad, o el reconocimiento de una belleza pueden dañar al fin personalísimo que persiguen en la vida, los ocultarán, trocándolos por cualquier otra cosa que les convenga de momento. Ese espíritu estrecho, egoísta, ese prurito de reducirlo todo a la glorificación propia, es uno de los más graves peligros para la juventud, por que prende fácilmente en su ánimo, dado que la gloria es amable, se apetece más en los años juveniles y arrastra con mayor ímpetu a quien todo puede esperarle aún de la vida, que a quien la ha recorrido ya en su mayor parte. Por eso es indispensable orientar a los jóvenes en un sentido de vida conforme al cual entiendan que el trabajo que a cada cual corresponde en su esfera profesional, no deben hacerlo pensando sólo en sí pro-

pios, si no también en los demás, es decir, en la utilidad social de la acción, en lo que ella sirve para los fines humanos y en el papel que dentro de la obra general le corresponde. Así, no es sólo censurable la actitud de aquellos ególatras de que antes os hablaba, pero también la de los que estudian y trabajan como edonistas, es decir, tan sólo por el placer que experimentan en el estudio. Yo estudio v. gr. filosofía, porque me interesa, porque me divierte, porque atrae mi espíritu. Bien. Pero ¿qué aplicación daré a los conocimientos adquiridos? ¿Qué finalidad representan en mi vida? ¿Los adquiero sólo porque son un placer para mí, que en mí queda, del que no hago participar a los demás, que no reflejo en nadie, sino que lo encierro en mi espíritu como un avaro su tesoro? Entonces, no cumplo con mi deber social. He sido un egoísta. He cultivado un estudio porque me divertía, porque gozaba con él, como podría divertirme encerrándome en mi casa para beber cerveza o cognac en busca de un estado agradable. Pero ese no es el sentido noble y justo del saber, aquel en virtud del cual nos sentimos solidarios con el mundo entero y responsables ante él de lo que poseemos, estimando que, así como nuestra personalidad no hubiera podido llegar a formarse y a robustecerse sin el concurso de miles de inteligencias que han influido y colaborado de un modo directo o indirecto en

nuestra educación, así estamos en la obligación de devolver a la colectividad algo de lo que de ella hemos tomado, después de reelaborarlo en nuestra propia inteligencia.

Tal es el sentido conforme al cual quisiera yo ver educada y dirigida la juventud, señalándole su posición de deudora respecto del mundo en que ha nacido y se ha formado, haciéndole entender que la convivencia y la cooperación social no son sólo para aquellas cosas económicas, políticas o religiosas de la vida que por su generalidad y necesidad a todos se imponen — y aun en ellas hay numerosos egoístas — sino para todo, y que la mayor parte de las veces, el servicio que podemos hacer al prójimo es muy modesto, aunque muy útil, el servicio de comunicarle nuestro saber de las cosas científicas o corrientes, el de animarle con nuestros sentimientos afectuosos, el de considerarle con nuestra cortesía dejando en su memoria un recuerdo grato, que todo ello es preciso para la vida. Y puesto que así son las cosas, y con la mayoría de los hombres no podemos ser buenos más que en esas formas sencillas de sociabilidad, sería estrechez de espíritu y pobreza de concepción de vida negarnos a la franca comunicación de nuestro saber — que ni siquiera nos empobrece lo más mínimo, antes bien, es donación de que suele recibir accesiones de experiencia quien la hace, — único modo, también, de que la obra común

de la cultura se salve, crezca y aumente mediante el concurso de todas las voluntades; y no de otro modo se ha hecho la civilización humana.

Otras muchas cosas quisiera deciros, pero ya no es posible. Por lo menos, yo deseaba que de estos momentos de comunicación espiritual con vosotros, emanasen dos cosas: un grupo de noticias, de "informes", que sirvan para la continuación y desarrollo de la asociación estudiantil que habéis iniciado, y una serie de apreciaciones mías respecto de la manera como debéis orientar vuestra inteligencia y vuestra vida profesional para ser lo que sería apetecible que los hombres fuesen siempre: un verdadero instrumento de civilización y de obra social en el mundo; abejas que concurren con sus hermanas a la elaboración de la miel de la vida, que es amor, que es trabajo en común, que es ayuda entre los hombres todos; no zánganos que roben la parte de esa miel que corresponde a otros, creyendo, orgullosa o socarronamente, que todo les es debido y que la humanidad entera ha de ser esclava de sus deseos, de sus altanerías o de su pereza.

Ese espíritu es el que he procurado infundir en mis alumnos, en los estudiantes de la Universidad de Oviedo, y seguro estoy de que en el alma generosa de los cubanos existe ya, latente, ese mismo sentido; con lo cual, a poco que reflexionen sobre mis palabras,

CAPILLA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
UNIVERSIDAD DE OVIEDO

que midan lo que ese modo de proceder significa para su vida individual, para su patria y para la Humanidad, de que son elemento activo, surgirá en ellos, de un modo fácil y robusto, una línea de conducta, un principio de acción, que dará vigor y persistencia al cuerpo escolar organizado y brioso que espero hallar cuando visite de nuevo la Universidad de la Habana.



V - ASOCIACIONES  
ESCOLARES (1)

(1) Ponencia leída en el Congreso Pedagógico Hispano-Portugués-Americano de 1902. Nos ha parecido conveniente reproducirla como ilustración de la conferencia a los estudiantes de la Habana.

CAPILLA  
BIBLIOTECA UNIV. DE LA HABANA